

AÑO XXIII.—NÚM. 6673

SÁBADO 20 DE OCTUBRE DE 1883.

REDACCION, MAYOR 24.

TRAFALGAR.

21 DE OCTUBRE DE 1805.

—o—

¡Trafalgar!... Hé aquí un nombre que no representa una victoria, sino una derrota, y sin embargo al pronunciarlo no podemos por menos los españoles que enorgullecemos; por que envuelto entre el negro crespón de la desgracia, brilla refulgente un astro en el horizonte, un planeta nuevo, una gloria más con que honrar las brillantes páginas de nuestra historia patria. El heroísmo, la abnegación de los marinos españoles.

El 21 de octubre de 1805, aquella fecha luctuosa, aquel aciago día nos recuerda el sangriento y desventurado combate de Trafalgar, donde la armada española dió su postrer aliento. Allí luchaban Francia y España con Inglaterra. Las fuerzas de esta dirigidas el almirante inglés Nelson, las de aquellas el almirante francés Villeneuve. Aquel era todo actividad y pericia; éste albergaba un espíritu apocado y pobre. ¡Desgraciada España! Y confiaba sus escuadras y sus mejores marinos en manos de tan inesperto é irresoluto almirante!

¡Qué es enas más sublimes! ¡Cuántos rasgos de valor! ¡Qué horrendo espectáculo verificábase en la inmensidad de los mares! El fragor de la pelea, los ayes de los heridos, la sangre que humeante brotaba de los destrozados miembros humanos, todo ofrecía un aspecto triste, desconsolador, horrible. Naciones civilizadas despedazábanse mutuamente impulsadas sólo por la ambición del dominio. ¡Cielos y qué sarcasmo! ¿Volveránse á ver los pueblos que llaman al siglo XIX, el siglo de las luces, de los adelantos y de la civilización, envueltos en aquel torbellino que ellos mismos animaban, ó no habrá llegado, por ventura, el momento supremo que aspire la humanidad los deliciosos y agradables perfumes que exhala el jardín frondoso de la paz universal y la unión civilizadora?

Si esta no existe, si en ella no podemos recrearnos, entonces tampoco es digno el siglo XIX de que las generaciones presentes y venideras le apostrofen con los ilustres y gloriosos dictados de siglo de las luces, de los adelantos y de la civilización.

Dejémosnos ya de reflexiones y reanudemos el hilo de nuestra interrumpida tarea. En la desgraciada pero gloriosa jornada del 21 de octubre de 1805, entre aquel mar de horrores, véianse muchos héroes españoles que luchaban desesperadamente por la honra de su patria.

El almirante D. Federico Gravina que mandaba nuestra escuadra

y arbolaba su insignia en el navio Príncipe de Asturias, sostuvo en este una vivísima acción con cinco buques ingleses, hasta que herido en el codo izquierdo y no pudiéndose sostener sobre el alcázar, vióse obligado á retirarse y entregar el mando á su mayor general D. Antonio de Escaño (1) Pero éste, colocado en la toldilla, fué también herido gravemente en una pierna. Escaño no quiere abandonar su puesto hasta que saliéndole la sangre por la bota y precisado por sus oficiales, baja un momento y después de curarse vuelve á la toldilla apoyado en dos marineros y allí permanece, animando con su presencia á los que sobrevivían, hasta que termina la acción.

El Teniente general Alava, con el navio Santa Ana y el francés Fougueux, trayeron una encarnizada lucha con igual número de navios enemigos que el Príncipe de Asturias. El general español cae con tres graves heridas y lo mismo sucede á su comandante Gardoqui.

Seis horas de sangrienta pelea sostuvo este navio y por último rindióse después de perder el timón, haber sido completamente desarbolado y tener entre muertos y heridos doscientas treinta y ocho bajas.

El Santísima Trinidad mandado por el brigadier Uriarte y llevado á su bordo al teniente general D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, empeña una terrible y heroica lucha contra cuádruples fuerzas enemigas. Cisneros mezcla su sangre con la de tantos héroes y Uriarte recibe varias contusiones y una herida grave. Después de cuatro horas de combate y cuando la noble sangre española inundaba el «Trinidad», la planta enemiga profana el bajel que había sido teatro de tantas hazañas y el que había puesto fuera de combate al navio almirante inglés que sirvió de lecho para exhalar su último suspiro, al valiente Nelson.

El general Valdés que quiso acudir en auxilio del desgraciado navio de Cisneros tuvo que empeñar una lucha contra 4 navios enemigos en la cual recibió una grave herida.

Otro navio, el Bahama, mandado por el brigadier D. Dionisio Alcalá Galiano, sostiene una obstinada lucha con tres navios ingleses. El brigadier aconsejó antes de entrar en el combate, al guardia marina Butrón, encargado de la bandera, que la defendiese y no tuviera que rendirse, asegurando también á la tripulación que aquella estaba viva.

(1) Este esclarecido brigadier y el teniente general D. Baltasar Hidalgo de Cisneros que arbolaba su insignia en el navio Sma. Trinidad, eran hijos de Cartagena.

A la mediodía hora de comenzada la lucha recibe Alcalá una contusión, y una herida en la cara. No le acobarda el verse cubierto de sangre propia y ajena; no le arredra el inminente peligro en que se halla su vida. Para gloria suya y honra de su patria continúa sereno é imperiurbable en medio de aquel horroroso fuego hasta que quiso la fatalidad que una bala lo dejase muerto en el acto, destrozándole toda la parte superior de la cabeza.

Pero ¡oh que abnegación! aun queda un héroe, aun hay un español que examine y en los últimos instantes de su existencia ruega á sus compañeros que eleven la bandera y no se rindan mientras á él le quede un átomo de vida. Este era el intrépido, sublime, el inmortal don Cosme Damian Churrua. Al recordar su nombre, al admirar su extraordinario valor, su inimitable intrepidez, serán escasas cuantas alabanzas podamos tributarle. Su heroísmo raya en lo indescritible.

Nuestra inteligencia es muy pobre y mucho más ante la grandeza de sus actos, y la pluma que hasta aquí corrió veloz trasladando al papel sus humildes pensamientos, aunque con tan pobre forma, parece que se detiene y es que el corazón palpita de entusiasmo, es que el sentimiento avasalla nuestra imaginación é inteligencia, y esta se declara impotente para describirlos de una manera digna del héroe de Trafalgar; de aquel insigne español, que con solo su navio S. Juan sostiene valerosamente el impetuoso ataque de seis navios enemigos; de aquel bizarro marino que en medio de la pelea, perdida la pierna derecha hasta más arriba del muslo, y tendido y bañado en su propia sangre, crece en su esforzado espíritu el deseo de cumplir con la patria y apoyado en la mano izquierda, blandiendo con la derecha su nobilísima espada, alienta á los tripulantes de su navio diciéndoles: *Esto no es nada; siga el fuego.* ¡Oh ilustre Churrua que tan heroicamente supiste defender la honra de la nación española! Hasta los vencedores quedaron asombrados ante el valor que desplegaste en tan aciago día, prestándote el más extraordinario tributo de admiración y respeto. Tu patria te considera como el héroe de los héroes de la marina española y al pronunciar tu nombre eríjete un monumento insigne con las sentidas y sublimes palabras que dedica á tu memoria.

Nuestra escuadra en Trafalgar fué sacrificada por la impericia del Almirante francés Villeneuve. ¡Cuán diferente hubiera sido su suerte si el mando de esta se le hubiese conferi-

do al inmortal Gravina! Pero España véiase obligada á secundar los planes del ambicioso Napoleon, y hé aquí el por qué esta mandaba y aquella obedecía y hé aquí también el por qué nuestras fuerzas marítimas fueron derrotadas en el memorable combate de Trafalgar, allí donde nuestros marinos fueron vencidos, si, pero con honra, después de haber sido la admiración de los mismos vencedores y demostrado al mundo que eran dignos sucesores de los que vencieron en Lepanto y el Salado.

Mil veintidos muertos y mil trecientos ochenta y tres heridos fué el resultado que tuvo que llorar España en aquel desventurado encuentro. ¡Cuántas víctimas inmoladas injustamente! ¡Cuánta sangre vertida en defensa de una causa estrañal!

Tal fué la consecuencia del tratado de alianza celebrado entre Francia y España en 1793. Tristes recuerdos que deben servir de ejemplo en el presente y en el porvenir.

Manuel Gonzalez.

CRONICA

Han caído en poder de la autoridad algunos *cacos* de los muchos que alberga Cartagena.

Aquí hay abundante semilla de la especie, y si la policía cumpliera con su deber, nos libertaría de muchas gentes que comen, beben, triunfan y gastan, no trabajando nunca, ni teniendo rentas, oficio, ni medio de vivir conocido.

Pero ya verán Vdes. como se contentan los empleados de policía con pasarse y lucir sus airosos y elegantes uniformes.

Dice «La Correspondencia.»

«Las noticias telegráficas que anoche se han recibido de París, son altamente satisfactorias para España y para el gobierno actual.

La solución dada á la última crisis es objeto por parte de importantes periódicos de la vecina república, de grandes elogios.

Anoche fué detenido por los serenos un sujeto que viene padeciendo de enagenación mental.

Por la guardia municipal fueron detenidos ayer tarde un individuo por vagancia y otro por escándalo.

Un ciudadano de Madrid debía estar tan *papalino*, que se bebió medio frasco de ácido fénico, creyendo era aguardiente.

Sin duda lo equivocaría por el olor.

En grave estado fué conducido al hospital.

Es una manera de *desinfectar* el